res que impone la sociedad a una señorita elegante y que por ningun concepto consentiría en acompañarla á una y otra parte... Porque si ella pudiera conseguir esto, quizá, quizá, el P. Rodriguez no se atrevería á condenar en Pepita, lo que hubiera querido justificar en su discípula predilecta.

Y entonces fué cuando pensando en ello, se quedó Pepita Ordóñez perpleja, con los codos apoyados sobre el tocador, fija la vista en su carita de muñeca de china, que reflejaba el espejo, con los cuatro cuernecitos de los papi-

llotes erguidos sobre la frente

Y entónces fuè también cuando se abrió la puerta del aposent para dar paso à la prima Teresa, que este era nombre de la prima anónima que en ambas cartas figuraba: traía en las manos dos pedazos de tela de ínfimo percal rameado con pésimo gusto, y poniéndolos ante los ojos de Pepita, extendidos en forma de pano de verónica, dijo entre impaciente y bur-

-¿Pero me querrás decir dónde has corta do aquí lo de arriba y lo de abajo?...Lo que es esto, lo mismo puede ser el corte de un gabán, que el de una funda de almohada....

Y al hablar así Teresa, inclinaba sobre el malhadado gabán su airoso cuello, torneado, un poco largo, como suelen verse en las vírgenes de Perugino.



Pocos conocian en Z.** á Teresa Ordóñez por su verdadero nombre: llamábanle siempre la prima de Pepita, porque la brillante personalidad de ésta oscurecía entre sus rayos de relumbrón á la modesta niña, como el vulgar reflejo de la concha de nacar eclipsa á los ojos ignorantes, el suave mate de la rica perla.

Era en efecto Pepita Ordonez, una de esas elegantes de provincia, reinas de salones de segundo orden, que tienen por cetro un abanico, y por sesera un bote de pomada ó una borla de polvos de arroz: astros de primera magnitud en el menguado cielo de una capital corta, que por no haber abarcado nunca horizontes más dilatados, creen igualar à esos otros as tros de las moda, que tan solo conocen por las almibaradas crónicas de los reporters del gran mundo.

Cuando Pepita Ordónez leía en ellas que la duquesa H.** había puesto de moda en Paris el color de gacela meditabunda, ó que la Prince sa X.** andaba en Niza con pantalones, sonreia con el mismo aire de inteligencia mútua y amistad recíproca, con que sonreiría Francisco José á Guillermo de Prusia, ó el Czar Alejandro al Emperador de Turquía, al ver ya en dominio del público las combinaciones diplomáticas y los tratados secretos, firmado diez años antes.

Y hay en efecto entre estas reinas Semíramis y aquellas reinas Nanás, un rasgo común que establece entre ellas la proporcionalidad de las figuras geométricas semejantes, la uniformidad de la fórmula elíptica, que lo mismo expresa la inmensa curva que recorre Urano en el espacio, que la descrita por la cola de un gorrión al saltar de tejado á tejado. Nunca, ni en la corte ni el cortijo, llegan á ser estas reinas de salón ángeles de ningun hogar; siempre castiga la maledicencia sus vanidades, transformando en faltas sus ligerezas, y en culpa sus errores.....

Teresa era por el contrario el reverso de la medalla: enemiga de figurar, retraida sin ser oscura hacíase cargo de su triste posición, y ofrecía con respecto á Pepita el contraste de las líneas superiores del triàngulo que separados del todo por la base, solo se juntan en el vértice. Este vértice era en ambas jóvenes doña Angustias, madre de Pepita, tía de Teresa, excelente señora, tonta de capirote; pero de esas tontas bondadosas que disimulan sus necedades con los reflejos de su bondad, y deslustran su bondad con los matices de sus tonteras.

—Es muy buena.....;pero es tan tonta!—Es muy tonta.....;pero es tan buena!—decían de ella amigos y enemigos, mezclando en mayor ó menor proporción, según la benignidad de sus criterios, los dos ingredientes de bondad y tontería, que componían el ente moral de la viuda de Ordóñez.

A ella debió Teresa un pedazo de pan en la miseria y un amparo en la orfandad en que vino á dejarla la muerte de su padre. Era este jefe de escuadra, y mandaba uno de los de partamentos marítimos de mas importancia, al estallar la revolución de 1868: mas al resonar en España aquel grito de traición y de anarquía, el honrado marino, el leal caballero, protestó energicamente, oponiendo esa noble resistencia individual, tanto más heróica, cuanto es mas inútil.

Destituyòle entonces el Gobierno intruso, enviándole de cuartel á San Fernando, y allí murió á poco, sin haber vuelto á vestirse jamás aquel uniforme que en la rectitud de sus principios, creía para siempre deshonrado. En su testamento encargaba á Teresa que lo enterraran vestido de paisano, y que si el Gobierno manifestaba deseos de tributar á su cadáver los honores que por su grado le correspondían, adelantase el entierro y depositaran su cuerpo en la capilla del Camposanto. "Porque ni aun despues de muerto, decía la cláusula, quiero recibir nada de traidores."

Teresa era digna hija de aquel hombre que llevaba en su blasón una barra de acero con este lema:—Me rompo, pero no me doblo—y entonces se reveló por vez primera su carácter, enervado hasta aquel momento por la prosperidad, que no es madre, sino madrasta del alma; porque así como es necesaria la presión para hacer estallar la pólvora, así es también necesario el infortunio, para poner de manifiesto ciertas grandes cualidades que se ocultan en muchos corazones.

Cuando los hipócritas compañeros del general difunto, acudieron á tributarle en muerte los honores que le habían arrancado en vida, la indignación secò las lágrimas de dolor en los ojos de la huérfana, y ella sola se opuso á todos, haciendo sacar secretamente el cuerpo de su padre y acompañándolo en persona al depósito general del cementerio, según la voluntad expresada en el testamento. El Gobierno vió en esto un acto de rebeldía política, por parte de aquella huérfana que contaba à la sazón trece años, y contra toda justicia y todo derecho, la privó de la orfandad que le corres-

Tendióle entónces los brazos la viuda, y en ellos se refugió la huérfana, captándose de tal modo sus simpatías y su cariño, que á los dos meses publicaba doña Angustias por todas partes las virtudes de Teresa, diciendo con su bondadosa necedad:

pondía, dejándola en la miseria.

—¡Pero qué alhajita de niña!.....¡Y qué talento tiene!.....Ella sola arregla los visillos de mi casa.....

Pepita, por su parte, acogió á la prima con

el entusiasmo con que acoge una niña el regalo de una muñeca grande: pensó además la reina de salón, encontrar en ella una dama de honor que pudiera llevar siempre á la cola, para confiarle el abanico y el pañuelo mientras ella valsaba, pero bien pronto pudo convencerse de que, así en lo físico como en lo moral, sobraban á la dama de honor cualidades bastantes para arrebatarle á ella su corona de reina, y entonces comenzó á inspirarle Teresa ese amargo sentimiento, hostil hasta la crueldad, que suele degenerar en despotismo, y nace en el corazón del hombre mezquino cuando en sus relaciones con un subordinado tiene la superioridad material y la inferioridad moral.

Teresa comprendió al punto la causa de la mutación de su prima, y con ese refinado tacto de las personas discretas á la vez que desgraciadas comenzó á evitar toda ocasión de hacer sombra á Pepita, huyendo para ello de la sociedad elegante que ella frecuentaba, y buscando su centro entre las amigas y beatas de medio pelo de las asociaciones piadosas, á que la llevaban su acendrada caridad y su religiosidad profunda.

Era una de estas asociaciones la de las Hijas de María, vulgarmente conocida con el nombre de las Señoritas del Ropero, y ocupaba en ella preferentemente la atención de Teresa, todo lo que al cuidado de los pobres socorridos se refería. En el caritativo taller de la Congregación, que diò orígen al nombre del Rope-

ro, era Teresa la oficiala mas asídua en coser las ropas destinadas à los pobres, y Pepita, que gustaba de figurar así en lo divino como en lo profano, acudia también tijera en ristre, con el cargo de cortar camisas que parecían pantalones, pantalones con honores de chaquetas, y gabanes que al decir de Teresa, podían servir muy bien para fundas de almohada.

Al oir Pepita Ordónez la burlona pregunta de su prima, volvió bruscamente la cabeza y

dijo con rabiosa ironía:

—¡Si serà menester cortar los gabanes por los patrones de la *Moda Elegante?*....Y si te parece, que los cosa la modista y les ponga entredoses de *guipure*, y golpes de pasamanería.....

Teresa fijó en Pepita sus grandes ojos negros; y comprendiendo que no estaba la Magdalena para tafetanes y mucho menos para gabanes, se puso á combinar en silencio los informes pedazos del gaban rameado.

—Y te digo,—añadiò Pepita Ordóñez, cada vez màs encolerizada, que estoy ya de gabanes, y de camisas, y de chaquetas y de Señoritas del Ropero, hasta la punta de los cabellos...

Y al decir esto, se tiral a la señorita con bastante precaución de las puntas de sus papillotes....

-¡Yo no sè en qué piensa eaa Presidenta!... ¡Lo que allí pasa no pasa en ninguna parte..... Mira....mira....

Y Pepita Ordóñez, haciendo un esfuerzo, co-

mo si tocara un reptil, tiró en las faldas de Teresa el sobre rasgado de las Hijas de María. Teresa leyó el sobrescrito despues de registrarlo por dentro y por fuera, y dijo con mucha calma.

Será el aviso de la Comunión de mañana.

¿Y qué tiene?....?Te parece temprano?

—¡Si no es eso, hija—exclamó Pepita hincando con tal furia la uña en el papel, que le hizo un ugujero. ¡Mira! ¿No ves que dice Na rangas?

—¡Vaya, mujer!—exclamó Teresa riendo. ¿Quién le va á pedir perfiles ortográficos à la

pobre Rosita Piña?...

—Pues si no sabe escribir, que escarde cebollinos en vez de redactar cartas....¡Una se cretaria que escribe Narangas!.....¡Vamos yo me borro de la Congregación!...¡me borro!

—Pues ya puedes borrarte de la tertulia de Mercedes Pineda,—replicó vivamente Teresa; porque en tres renglones que te escribió el otro dia, le cogí dos faltas garrafales.

—¡No es cierto!—gritó sulfurada Pepita, Mer cedes habla muy bien francés, y por eso se equívoca cuando escribe en castellano; lo cual es muy distinto ... Y si no, aquí tienes una

carta suya; léela, que te interesa...

Y Pepita Ordoñez, creyendo en encontrar ocasión propicia, entregó con mucha diplomacia á su prima el rojo billetito triangular de Mercedes Pineda. Tomolo Teresa con cierta sonrisa de condescendencia, y al notar el diablillo montado en un velocípedo que servia de

timbre, dijo con mucha sorna:

-¡Mujer que monada!...¡l'oner al diablo por timbre de una carta!...

—¡Pues vaya una burla tonta!—replicó Pepita. Si querrás que ponga un hisopo y un bonete...

— Entre poner un hisopo y poner un diablo, se pueden poner mil cosas que no choquen à nadie,—respondiò gravemente Teresa.

Una sonrisa maliciosa entreabrió sus labios al terminar la carta; hízose cargo del conflicto en que las dos invitaciones ponían à Pepita, y comprendió al punto el mal humor de ésta, sus invectivas contra la Congregación y sus repulgos ortográficos. Comprendió también el ataque que le esperaba á ella misma, y poniéndose desde luego en guardia, se echó á reir á carcajadas:

—¡Me borro, me borro, me borro!—decía imitando los ricos aspavientos de su prima.

-¿Pues que hay?.....

—¡Ahí es nada!.....Una señorita que convida para un baile escribe ¡port-bonheur! continuó Teresa mostrando esta palabra en el billete...Te digo que Mercedes disparata en castellano, cuando escribe en francés, y desbarra en francés cuando escribe en castellano.

Pepita Ordoñes arrebató la carta á su prima y se puso á buscar en ella la malhadada palabra.

Sí, sí, mira, mira,—prosiguió Teresa triunfante. Port-bonheur, en vez de Porte-bonheur!... Bonita manera de tomar el rábano por las hojas... Port, es puerto, hija; y Porte lleva.... Eso es peor en Mercedes, que en Rosita Piña escribir narangas...

Y riéndose á carcajadas, gritaba en medio

de su risa:

—Nada, nada; me borro de la Congregación de Merceditas, y no seré yo quién vaya allí en busca de compadre.

-¿Pero de veras no vas á venir?-exclamó

Pepita dispuesta á comenzar la batalla.

— ¿Pero no ves que escribe port-bonheur?... ¿Como he de poner yo los piés en esa casa?...

—Pues harás una grandisima grosería, desairando una invitación que nos hacen.

—¡Bah!—replicó Teresa cambiando de tono. No los matará el sentimiento: la misma falta hago yo allí que los perros en Misa.

—En eso no vas descaminada,—repuso incisivamente Pepita; pero nos pones á mamá y á mi en el compromiso de que crean las gentes que te dejamos siempre en casa, como á la

puerca Cenicienta.

Teresa mirò á su prima, y se echó á reir con cierta amarga socarronería, como á fuer de buen andaluz era guasona, y sobre tener cierto maligno gustito en hacer rabiar á su prima, sabía por otra parte que sòlo tomándolas á broma podría eludirse las despóticas exigencias de Pepita, abrió mucho los ojos, infló los carrillos, y dejó escapar con mucha solemnidad otro burlón,

- Port-bonheur!

-¡Cuidado que estás tonta, y nécia, y pe-

dante, con la palabreja!—gritó fuera de sí Pepita. ¿Si querrás saber francés mejor que Mercedes?......¿Te lo ha enseñado el P. Rodriguez ò Rosita Piña?...

—¡Port bonheur!—volvió á repetir Teresa en tornando los ojos y echando bocanadas de viento.

—Si se tratase de capas pluviales ó de zurcir medias de clérigo, ya podrían darte lecciones; pero lo que es de eso...

—¡Port bonheur!—tornó á decir Teresa...... Como quién dice, puerto de felicidad...Pues mira que estaría bonita la princesa de Metternich con un puerto colgado al brazo con sus bar-

quitos y todo...

Pepita Ordoñez no pudo sufrir mas tiempo que se burlasen de su querida Mercedes y de su colega la princesa de Mettrenich, reina ya un poco averiada del gran mundo parisiense, y gritó pálida de ira:

Lo que tu tienes es una envidia que te come, porque te encuentras á nuestro lado siempre en segunda fila...

Teresa sintió en la punta de la lengua el hormigueo de las grandes desvergüenzas; contu vose sin embargo, y lanzó à la cara de Pepita, á guisa de proyectil, otro burlón...

-¡Port-bonheur!

—Y si no vienes á casa de Mercedes, sé yó muy bien por lo que es: por los escrúpulos de beata mal intencionada, de santita hiprócrita, aduladora del P. Rodriguez...Por la Comunión de mañana.

Teresa miró cara á cara à su prima. y dijo acentuando mucho las sílabas con burlona firmeza:

—Justo, justo, justito!.....

—¿Lo ve V? ¿Lo ve V?—gritó la otra; estas son las santitas... Nosotras las pecadoras vamos á un baile, y luego á recibir a Dios como si tal cosa; porque claro está, no hacemos allí mal ninguno....Pero estos ángeles, estas santas canonizadas, no pueden, no se atreven...; Qué pecadazos no cometerán ellas, cnando tales miedos les entran!

-;Figurate tu!- replicó con sorna Tere-

sa.

—Si no es menester que me lo figure; sí yó lo sè; si conozco tus gazmonerías mal intencionadas para ponerme á mí en rídiculo, para echarla tú de niña hacendosa y recogida, y que me digan á mí la mesilla de turrón, porque

ando en todas partes....

Así llamaban en efecto à Pepita, á causa de de hallarse siempre en todas las fiestas, así divinas como profanas, á la manera que en las romerías andaluzas no faltan nunca los vendedores de avellana y turrón, con sus mesitas ambulantes, Teresa, que ignoraba el apodo, se echó á reir muy deveras, diciendo con muaha gracia:

-Pues tiene chiste el nombrecito.... Vaya

que la gente hace justicia.

-¡Ya lo creo que hace justicia!—repuso Pepita. Por eso, á pesar de tus artimañas de mu jer caserita, no has encontrado á quién hacer tragar el anzuelo......Como no te casas con tu amigo Minuto, el sacristán de San Márcos.

—¡Buen partido!—dijo con burlona formalidad Teresa. Viudo con siete hijos, y una renta de cabos de vela y zurrapas de vino de MisasComo se llegue á declarar, á los ocho días me caso.

—Y harás bien,—hija mía, porque las uvas están verdes, y por mucho que hipocritées ya sabes: aunque la mona se vista de seda....Teresa se queda.

—¿De seda?—replicò Teresa con cierto tono entre despreciativo y amargo. Ni un solo vestido tengo; el último que tuve me lo compró mí padre.

Pepita no pareció comprender lo que en esto quería decir Teresa, y levantándose como para poner término à la conversación. dijo empinando el dedo.

—¡En resumidas cuentas! ¿Vienes ó no vienes á casa de Mercedes?...

Teresa guiñó un ojo, torciò la boca, y meneando en señal de negativa la cabeza, al mismo tiempo que el dedo índice de la mano derecha, dijo con voz de polichinela:

-¡No...no...y no!...

—¡Pues lo veremos!—gritó Pepita dirigièndose à la puerta. Ya se lo diré à mamá, y ella te hará bajar la cabecita.....Soberbia hija mía soberbia que te va à llevar al infierno, aunque te agarres à la sotana de P, Rodviguez... Gracias por el aviso. primita,—contestó Teresa. Huye de la soberbia, dijo el pavo.

Y se puso al hilvanar con gran sosiego las informes mangas del gaban rameado.

III.

El mal humor no quitó sin embargo á Pepita Ordóñez su ordinario apetito; encapotada, mohina y sin hablar palabra, almorzó aquella mañana tres chuletas de carnero dos pares de huevos fritos. Sus dientecitos de perla, un poco ralos, desgarraban las chuletas con la avidez y el empuje de cualquier gañan, y los hue vos fritos desaparecian tambien en silencio, con una de esas pasiones vergonzosas á que se entregan los grandes hombres, buscando el mayor secreto. Su pasión por los huevos fritos recordaba á Pepita de contínuo, que esta-